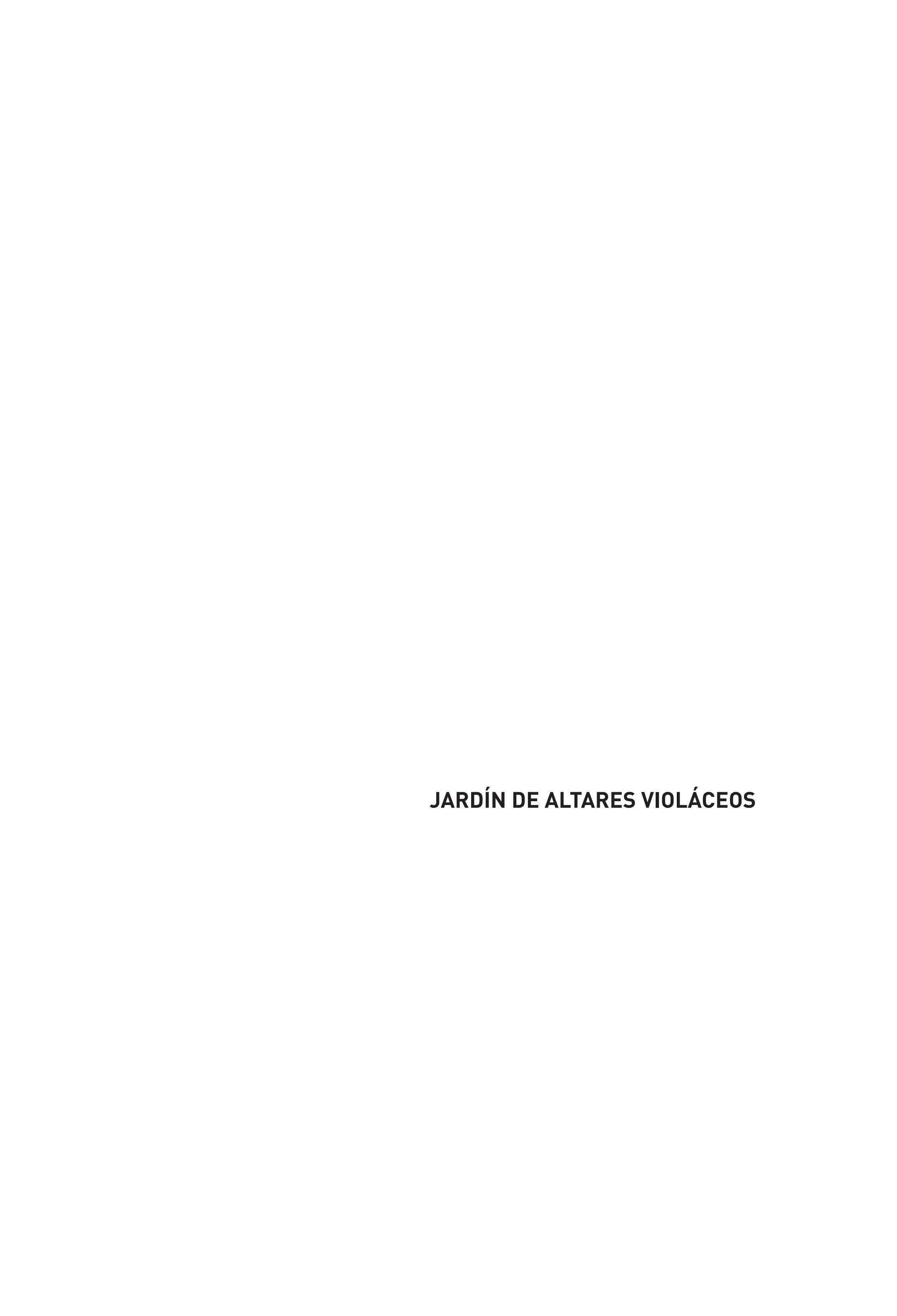


JARDÍN DE ALTARES VIOLÁCEOS

Jardín de altares violáceos / Jan Griznic
—1a ed. Buenos Aires, 2009—.

ISBN 978-987-1586-00-4

HUESOS DE JIBIA
Perú 544 7º 28
(1068)CABA
huesosdejibia@gmail.com
www.huesosdejibia.blogspot.com

Foto Irene: Manuel Heredia
Foto Facundo: Ignacio Cavina
Diseño gráfico: Nat Filippini
(natfilippini.com.ar / estudioalmacen.com)

Hecho el depósito que indica la ley 11.723
Impreso en Argentina

JAN GRIZNIC

Jardín de altares violáceos



A mi sangre,
la heredada y la elegida.

Mi padre

Allá en el océano,
flotaba mi padre boca arriba,
sobre las salinas del mar.

Tenía los ojos cerrados,
en una calma unida al cielo,
al celeste que se perpetuaba desafiando la parcela de nubes.

Su vientre se expandía sobre el agua y brotaban los trazos,
los puntos quirúrgicos en líneas torpes cruzando los pelos.

Se alejaba con su quietud humilde de la costa,
como en décadas atrás
lo hizo de su tierra natal de ríos,
de anguilas y desertores europeos.

Se alejaba de Dios y de sus hijos,
para olvidar entregarles sus besos en la frente.
Se alejaba de su esposa y de su madre.

Nadie jamás lo oyó cuando se despidió de estas tierras.

Ave de paso

Soy sólo un ave de paso,
de tránsito pesado, plumas agitadas.
Y el viento, nadie sabe quién lo sopla.

Marco el ritmo y la pausa con el pico
engullendo el manjar del río,
el sol en el buche,
un atardecer sobre los cipreses.

Después, la ciudad,
la máquina y las alas.
El anonimato del ave y su paso vacilante.
El eje roto y los ojos color grana,
las patas arqueadas al estilo rococó
y un ojo piantado en el reloj de la 9 de julio.
Las plumas, desplegadas, mojadas.

Planeo sobre la incansable fuente de conocimiento,
el océano colmado de atún fresco
y el sabor ocre del cielo
desparramado en todas direcciones.

Un ojo levantado hacia el este
y en el peregrinaje
regreso
donde alguien cante quién sabe qué pieza.
Y alguna otra ave que se cruza en el cielo raso
que absorbe,
absorbe,
absorbe
hasta mascarme del todo el nombre.

Ahí nado

Ahí nadaba.
Después venían las tías junto al abuelo.
Hablaban largo y yo los escuchaba.
En realidad, hacía de cuenta que los escuchaba.
Me encantaba el comedor en silencio,
apenas el canto de los grillos en el patio.
En los viajes, les decía que cuando era grande
había tenido un caballo
parecido al que pastaba en el baldío del Club Mitre.
En ese entonces, era un niño.
Era más blando.
La pelopincho como un inodoro de gran tamaño.
Ahí nadaba, no tan mal.
Hasta tocaba el fondo con los ojos cerrados,
con las manos arrugadas como viejo.
Llegando la nochecita, se me helaba todo el cuerpo.
Me quedaba mirando fijo la terraza de baldosas gastadas,
bien quieto.

No saben el gallinazo de piel que me pegaba.

Víspera de la primavera

Premonición
de ver al muerto,
fijamente frío en una camilla.
Eso sucede en primavera,
en los inicios de los brotes
y la imagen popular de semblante margarita.
El muerto tieso tiene un nombre,
más de un hijo y una casa,
también una gran mojarra.

Premonición
de ver la casa del muerto.
El duelo es aún tan extenso.

Gutiérrez

La luz intermitente de las luciérnagas cubriendo el vasto parque,
el pino majestuoso acaparando toda la oscuridad de la noche
temprana con su obesidad botánica,
luego los sapos nadando por doquier entre el rocío del pasto.
Las ligustrinas cual murallas y la lentitud de la jauría que vela
por los hombres en las calles de tierra que vuelven de su trabajo.
Más lejos, el pueblo de dos calles, con la modestia en cada puerta.
Y el almacén, espina dorsal de los aldeanos.
Luego, algunos focos de luz y el vértigo del cielo cayendo
sobre los campos con propietarios anónimos.
En la mitad del camino, entre el pueblo y las quintas más grandes,
el arroyo, custodiado por la sombra del bosque de dos metros de espesor.
El arco pintoresco olvidado en la ruta,
y así todo.

Sin olvidar las cabalgatas llenas de vitalidad,
los molinos y los campos de maíz hasta el horizonte,
y un poco más.

En cuerpo

Las paredes escriben por sí mismas las condenas
con puños de sangre extinta.
-Sé qué hacer; vivir y morir-
Un cuerpo repleto de escrituras, es casa
de la sagrada comunión de los pueblos.
Los pasillos, grietas de la exégesis de las grandes autoridades.
Ciertas personas han caído en ellos
y se han aferrado a sus andamios de huesos.
Es tan eterno sentir ese frío como el amor fraterno.

Pero de pronto todos pasean con sus góndolas
bañadas en hierro puro.
Recorren la sangre del cuerpo
hospitalario hasta sus confines de fibra esculpida.
Sin pórticos que den la espalda a los comulgantes.
Y un ojo, que ya todo lo ha visto.

Alicia y su período violeta

Alicia sólo habla de flores.
Ciertas veces, de madrigueras y criaturas.
Y su vagina huele a hermosa savia violeta.
Invita a que los extraños la beban.
Algún incauto lo hizo.

Despertó del sueño con su boca pintada de rojo.

Sueños de cortés

Bebo de la fuente posando mis labios en la base de losa,
donde la comisura se enjuaga junto con el musgo.
No hay pueblerinos en las calles
ni se salpican mis botas del hedor de las ciénagas del bosque.

Lloran las garzas en la entrada a la ciudad.
Y se elevan
entre sus plumas más gastadas,
tejiendo nubes de polvo.

Corro hacia el aljibe, con gestos de inocencia.
Me baño en la fuente, con gestos de inocencia.
Caen sobre mí las manos de forasteros,
en mi cuerpo virgen al tacto,
y apuñalan mi hedonismo cuajando mi sueño en tres:
Elisa, Angustia y Malena.

En el impulso animal más salvaje
extraigo mi daga del pantalón.
Defiendo la cosecha de mi descanso
y entorpezco al más valiente ante el filo iracundo.

Degüello el maíz para las tripas del caballo.
Rápido cae el primero tras el golpe cruzado;
duerme en mi regazo el noble más ancho.
Se desvanece en el desconcierto el último malevo
y con despecho escupe su nombre en el suelo.

En el cuerpo del arma,
mi fiel muletilla de combate,
caen los peregrinos enterrados por el sueño que vive por joven.

Continúa el silencio de las cigarras en el reflejo de la fuente
donde los ancianos pierden sus monedas
en el lúdico impulso de quebrar la ruina
y yo quebranto el caos de las imágenes violentas,
en el difunto deseo de ser cortés en mis sueños.

Perro

Olfatea
Viernes encantador
Olores que recuerdan personas, momentos
Amores

Botellas
Ron seco
Vasco viejo
Estiércol desconocido

Dos páramos, un alce
tres mojones y una frontera
El pueblo de nieve
en el fuego se pierden mis huellas

Vastas tierras, orillas de personas
piernas prendidas de calor
hogares nómades que se pierden ante mis ojos

Bostezo
Relincho como caballos de Varela

Bebo

Duermo

Corro, hacia el sol

Ciego

Entre láminas grises
Corazones opacos
Amantes racionales

Rompo mis patas contra la tierra
Prófugo de mis sentimientos
Escondido en las bragas de la pueblerina más casta

Ya no quiero

Corro

Relincho

Como caballo

Quiero espárragos
Cenar solitario sin culpas de carne

Aúllo esta tarde,
y dejo de ser un perro
Soy un lobo nórdico
y ya no deseo refugio.

Estampa de Pasco

Quisiera ver tus estampas
niño de Pasco.
¿A qué miras desafiante?

No hay ciegos en tus ojos
ni mendigos en tus manos.
Dame tus estampas,
niño de Pasco.

Oye los pasos,
se acerca el desfile del clero.
Deja de mirar donde nada pasa.

No hablas hace meses.
¿Nada bueno que decir?
¿Por qué hoy no miras tus estampas?

Allí caminas, niño.
No te puedo seguir
tu rumbo es de estampas de Pasco.

La caída del imperio

Si aquel día abandono mi hogar, en calidad de refugiado en mi conocimiento astral. Dejo el llamado de mis seres amados, el manto de mi cama.

Arribaré a las costas de mi tierra natal. Lejana a donde vi el temprano destello de luz. Allí veré partirse la realidad que me condena como madreselva.

Donde los sepelios arden en llamas. Yo seré la llama que pierda la lucidez entre el calor de mi verdad sepulta. Tras ojos, tras brillos del tiempo.

Legado al viento

I

Versailles, ¿Destino de quién?
Del otoño fresco que gira sin sus hijas.
Mas yo sigo aquí, lejos de todo reino.
Al amparo de los abusos de la razón.
No siempre se pierde la cabeza a manos de la guillotina.

II

Las penumbras de estos túneles
y el combate:
¡¡Lanzado a él!!
Anclando mis manos en las de una niña de la primaria,
intacto el dorado de sus crines. Caballo, cabalga conmigo.

III

Feroces carencias que enfrento,
¿Cuándo hubo otro motivo por el que lamentarse?
Olvido los nombres y las escrituras,
vueltas muros rígidos, acabados.
Sombrea la idea de la muerte en el sudor del cuerpo
y se dilatan los hoyos del conocimiento.
¡Cuántas carencias!
Retornan los miedos a los poros del papel,
también retornan al cuerpo débil escrito.

IV

Pelea, anciano guerrero.
Que las tinieblas no te arrebaten el aliento.
Sólo sirves a una causa,
no deseches tu amor en cualquier servicio.

Con parias y agotes hablamos en una cantina y oramos hasta el amanecer

Amigos parias y agotes, bebamos conteniendo el aliento y bebamos
del mantel la sangre vuelta vino y bebamos siempre que contengamos el aliento
/y no espiremos
hasta no sentir a Dios colmar cada vacío de nuestros cuerpos
/hasta que se irriten las ancianas del
frío de nuestros cuerpos y la piedad esté perdida en los cañaverales
/del sudeste perdamos la fe en
la muerte y reguemos nuestros anhelos hasta los canales de Europa
/pero contengamos el sudor y
abracemos al viento.
Si esta noche no ven a Dios en sus alientos cuando aparezca el sol,
(me purgaré del conocimiento, y
adiós, diré a todos adiós.

Hombres de barro

I

Dactilares húmedos presionan la piel
vistiendo de fango el cuerpo adormecido,
cada poro esculpido en su material primitivo.

Travistiendo la naturaleza corporal,
cada centésimo, cada partícula
de células cubiertas de lodo vespertino
a merced del desierto clandestino.

Vacila el cuerpo ilustrado
hecho ciego mural
moral oscura.

II

Llueven trescientos ojos pardos
atrapados por el viento.
Sólo caigo en la desesperación
mientras los cuento.

Suprime la hostilidad
abandono el cuerpo secular
los seres del pantano despojan los mitos
avasallando al mal entre sus pulgares diminutos.

Sensible a lo oscuro
extinguiéndonos en puertos
embarcados en nuestros cuerpos de fango
impermeabilizándonos a la luz.

III

Soy una fosa de Auschwitz
tumba de lodo y dolor
secándose a la tarde de Marruecos
cicatrizada de recuerdos.

Soy racimos de embates
del cuerpo renaciendo en el color más ruin
en el rito sagrado bajo el lodo.

Bailando y desmereciendo lo profano
en el amor a la tierra copulando con el agua
en el bello aroma de salvación del fango.
Son los cultos de la tierra.

IV

Divinidades, dejo el lavado de mi cuerpo.
Lluvia, deslízate sobre mi ñüspirit.

Limpia el color impuro de la piel
manchas de muertes pasadas.
Siento el pecho resquebrajarse con el barro.

V

Y morimos como hombres de barro
en la fuga de la tierra seca
adormecida en nuestro cuerpo,
aferrada cual parásitos.
No hay lluvias que la quiten.

Y morimos como hombres de barro.

Boda búlgara

Hoy sentí mis piernas adormecidas,
caídas sobre los barrios sureños.
Tomé mis manos y las sentí:
estaban demasiado frías,
temblaban a causa del gentío en una de las esquinas.

Me empolvé el rostro con hollín
y me uní a una orquesta búlgara.
Perdí mis oídos en manos de niños.

Eran tardíos los soles que nos alumbraban,
cubiertos por cenizas de olores frescos
y lejos se oían caer vasos de cristal
volcados en las repisas.

Conté con los dedos hasta siete y me levanté.

Creo haber olvidado parte del cuerpo,
tal vez ni siquiera corría
pero había comido pan de azúcar
y sé que mis labios sabían dulces.

Si estaba encerrado en una jaula de hierro,
esculpido en una nube de tiempos turbios
o en un río repleto de cañaduz seco,
no lo sé.

Mis oídos retuvieron en manos de niños
las risas de las gaitas,
ejecutadas entre los novios y su fiesta.

Tempestad austral

El origen de la tempestad
fue en el seno de la estampida.
Gacelas bajo el sonido del trueno
que sepultó las voces estivales.
La pequeña cría devolvió al cielo
las gotas caídas al cuenco terrenal.

Impresión

¿Dónde estás, hermano Théo?
Te he buscado en graneros y bolsillos de campesinos.
Quiero que oigas mi rezo, amor del que radica mi fuerza misteriosa.

Me he cansado de retratarme bajo la luz de velas.
Ya las noches hieren mi conocimiento interno
y desvanezco ante tus letras derretidas por el óleo.

¿Dónde estás, hermano Théo?

Viaje

En otros tiempos
monté un barco, enorme.
Embarqué mi inquietud
dos maletas, sin sueños.

Partí contra los mares.
Tras una pequeña barcaza.
Con sal
contra el bullicio de las gaviotas.

En otros tiempos
partí.

Los hombres sensibles, nostálgicos y melancólicos

Los hombres sensibles
no tienen oportunidad en este mundo.
Perduran puñados de segundos, si el tiempo es generoso.
Y las memorias, los olvidos, hacen lo suyo.

“Ay, qué pena”, dijo Arturo,
“Y yo le creo, porque es cierto”.

“Una gran pena”, recalcó Martín Desire
mientras pasaba sus manos por las medias de lycra de Virginia.
Y el vino emanó hasta que irrumpió de nuevo.

Los hombres sensibles, nostálgicos, todos esos,
ya saben, son unos malnacidos.

¡*Cheers*! Y brindaron por eso Arturo y Martín Desire.
Virginia se bajó la falda y esbozó una sonrisa;
él plegó su labio superior contra su copa y los miró.

Los hombres sensibles ¡Pobre de ellos!
Malditos diablos.
Que los Dioses se apiaden de ellos.

¡Bravo! Señor, no se detenga jamás.

En otro cuarto, una mujer de origen desconocido
se partía los sesos con un arma calibre 20
que había encontrado en el cajón de su padre,
alguien, un tal João.

El incidente del corcel

En la entrada del bosque del que olvidé su nombre,
cerca del cruce de automóviles,
lanza sus crines el corcel
envuelto por el hollín de las chimeneas.

-Hay posibilidades de que llueva mañana, vayamos a mi casa.

Más adentro, tras el follaje de los cipreses,
bajo el níspero de noventa años,
él espera, cubierto por una manta y bebiendo whisky,
el amanecer, bajo el peso de la neblina
que acorrala a las aves en las copas de los árboles,
mientras los coches comienzan a detenerse luego del accidente.

-Después. Tomemos algo caliente y descansemos un poco.
¿Te parece? Tengo frío.

El corcel yace inmóvil,
rígido bajo las gomas de una camioneta en el sendero principal.
En el bosque suena el eco intenso de las bocinas
precipitándose unas contra otras.

Él desespera.
Se levanta moviendo sus piernas entumecidas;
mira hacia la multitud de carros.
A su encuentro sale la chica de mentiras tersas,
tapada con un piloto azul.

-Todos lamentamos la pérdida del caballo. Sin embargo te voy a ser sincero:
había dejado de amarlo y sólo quería que huyera.

El corcel se descompone en diversos elementos,
diversas sustancias que el suelo rechaza,
no reconoce, y sólo son manjar para las calandrias nocturnas
que insaciables acechan en la inmensidad.

Los autos siguen detenidos en el cruce
y de la camioneta salen dos jóvenes.
Nadie comprende el por qué del embotellamiento.

-Fue bendito conocerte. Pero tus pronósticos fueron bastante poco acertados.
Debo decirte que es un amanecer luminoso.

HUESOS DE JIBIA

EUGENIO MONTALE,
Huesos de jibia
(traducción de Ricardo H. Herrera)

WALTER CASSARA,
Máquina de trinar

GUADALUPE MURO,
¿Con quién dormías?

GUSTAVO GOTTFRIED,
Un rastrojero bajo el sol

NURIT KAZSTELAN,
Movimientos incorpóreos

OSVALDO BOSSI,
Del coyote al correcaminos

BEATRIZ VIGNOLI,
Soliloquios

GABRIEL CORTIÑAS,
Brazadas

ROXANA YBAÑEZ,
Río blanco

NICOLÁS PINKUS,
Ersatz

MARIANA SUOZZO,
Mark en el espacio

SILVIA LÓPEZ,
Cartografías

GERMÁN ROSATI,
Boca de tormenta

GUILLERMO DÁVILA,
El puente y otros poemas

SILVANA PROTO,
Hambre de estrellas

MARTÍN SÁNCHEZ,
Lluvia púrpura

OSÍAS STUTMAN,
La vida galante

WALLACE STEVENS,
Las auroras de otoño
(traducción de Roberto Echavarren)

LAURA PETRECCA,
Pensó que ya lo sabía

PABLO QUERALT,
Late

MAYRA MENDOZA TORRES,
Tras el caracol

DANIELA CAMOZZI,
La felicidad ajena

VIOLETA CANGGIANELLI,
El hotel de la danza

ENRIQUE CAMPOS,
Las edades de un monstruo

FACUNDO RUIZ / IRENE SOLA,
Escorzos

LEONARDO FLORES,
Constelaciones

JAN GRIZNIC,
Jardín de altares violáceos

Impreso en Talleres Gráficos Su Impres S. A. · Tucumán 1480, Buenos Aires, Argentina.